

Poema de un paraiso

Cereza de Oro, de la II Fiesta del
Cerezo en Flor, del Valle del Jerte.
Marzo de 1973.

Desde arriba, desde el alto,
con notas de rabeles cristalinos,
peinando los juncales de la orilla
y llevándose, en su onda, un haz de trinos
de pardos ruisenores,
o el lúcido amarillo
de oropéndolas colgadas de castaños,
con fiebre maternal, junto a sus nidos.
descuelga el brayo Jerte
—nieve blanca en cristales líquidos —
su andar entre roquedos
fabricando sinfonías de caminos.
Y hoy está más bello,
que el cerezo ha florecido.
Un cerezo que hace urdimbres
inconsútiles con pardos de granito,
con el verde de los robles y las vides,
con los agrios retamales amarillos,
con las gradas de bancales asomadas

de bruces sobre el río.
Paloma mensajera de esperanzas
es el plácido cerezo florecido.
A horcajadas volanderas sobre el agua
de este Jerte claro y límpido,
una espera de púrpuras y rojos
de cerezas hacinadas en racimos.
Y en medio del engarce de las sierras.
—brazos maternales de nanas y cariños—
el pueblo acurrucado en su regazo,
que trabaja y que monta el drama vivo
del épico trajín de cada hora
y que reza con un rezo recogido.
¡Y es que el alma de este Valle
es blanca y cristalina como el río!
Forjada desde ya la amanecida,
para escalar hasta la altura de los riscos,
para subir tras la caricia de las nubes
donde sentir a Dios más en sí mismo.
¡Ay, nostalgias de Valle y de sus pueb'os,
de sus hombres, de sus mozos y sus niños!
Se oyen en la tarde las esquilas
de la cabra montaraz que hace caminos
de regreso al ocre vaho soñoliento
y caliente del aprisco.
Y la abeja meliflua y laboriosa,
que se queda flotando en el hechizo
del mosaico de flores, que le ofrece
el néctar de su polen amarillo.
Y rápido bogar por sobre el fondo

de arenas engendradas en granito,
 como lúcidos cristales de diamantes
 —flotilla blanco-plata, submarinos—
 de la trucha que persigue mariposas
 y libélulas con trajes arcoíricos.
 Y el eco, al escondite con los quiebros
 que, al azul de los cielos, hace el pico,
 a espaldas de fantasmas invisibles,
 va llevando los sonidos,
 desprendidos de los bronce de las torres,
 con mensaje de Dios en sus latidos.
 Y el agua los recoge,
 y los hace bajeles de Cupido
 con las velas tejidas en espuma,
 y, en estiba, sus dardos de amoríos
 que ha de ir disparando a las riberas
 de mares infinitos,
 el alma de esta Valle y de sus hombres,
 y su rosario de cerezos florecidos.
 ¡La preñez de la tierra en esperanza
 de alumbrada de cerezas en racimo!

Enrique LOUZADO MORIANO

✕

Garrovillas de Alconétar.

RECUERDOS

LOS LIBROS DE CAMARA DE LA REINA CATOLICA

Por Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO (†)

(Conde de Canilleros)



El duque de Alba, don Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, catorce veces Grande de España y en posesión de una larguísima lista de títulos nobiliarios, fue el más representativo prócer español de su tiempo. Nació en 1878, estudió en Inglaterra, hizo la licenciatura de Derecho en Madrid y fue numerario de las Reales Academias Españolas, de la Historia y de Bellas Artes. En la primera de ellas, fundó el premio que lleva su nombre, para conmemorar el centenario del Quijote; de la segunda fue Director muchos años.

Yo conocí y traté de siempre a Alba. Este trato se hizo más continuo a partir de 1947, año de mi ingreso en la Academia de la Historia. Desde entonces nos vimos frecuentemente, no solo en las reuniones académicas, sino también, con más intimidad, en las agradables y selectas tertulias de *El Correo Erudito*, que él presidía y que se celebraban en los atardeceres de cada martes, en la residencia que en el mismo edificio de la Academia tenía el matrimonio Ballesteros.

Un martes de cada mes, iban señoras a la tertulia; los restantes, solamente hombres, con la única excepción de la dueña de la casa, que no faltó nunca. Las más asiduas de entre las damas eran la condesa de Yebes, María Luisa Caturla y la condesa de Campo Alange; de los caballeros, la lista sería muy larga, limitándome a citar, por recoger algún nombre, a Sánchez Cantón, García Gómez, Castañeda, el marqués de Saltillo, Camón Aznar, José María de Cossío y Claudio de la Torre, a más del ya citado Presidente, duque de Alba.